

Lo que hace el Espíritu Santo (12/13)

Dr. Justo L. González



El Discípulo

Juan 14:15-18, 24-26; 16:7-15

23 de mayo

Lo que hace el Espíritu Santo (12 de 13)

Texto bíblico: Juan 14:15-18, 24-26; 16:7-15

Introducción:

Los textos que estudiamos hoy se encuentran tanto antes como después del pasaje que estudiamos la semana pasada. La razón por la cual estudiamos estos versículos de este modo se relaciona con el hecho de que hoy celebramos el día de Pentecostés. Por esa razón los pasajes que tratan directamente sobre el don del Espíritu Santo se han juntado para estudiarlos hoy. A diferencia de la narración del Pentecostés en Hechos, estos pasajes hablan de la venida del Espíritu como una promesa. En ellos vemos la relación entre Jesús y el Espíritu Santo, y por tanto nos ayudan a entender el papel del Espíritu en la vida de la iglesia y en la de cada creyente individual. No debemos separar completamente al Espíritu Santo de Jesús, como si fuera cuestión de escoger entre uno de ellos. La relación entre ellos es tan íntima que no podemos conocer a Jesús sin la ayuda del Espíritu, ni tampoco podemos comprender al Espíritu sin conocer a Jesús. De igual manera que Jesús nos revela al Padre, así el Espíritu nos revela a Jesús. Es por esto que el Espíritu se llama “otro Consolador” y “el Espíritu de Verdad”, pues es él quien continúa la obra de Cristo en medio nuestro.

Propósito de la lección:

El propósito de la lección es aclarar el papel del Espíritu Santo en la vida de la iglesia así como

de cada creyente individual. Esto requiere que entendamos la relación entre Jesús, el Espíritu Santo, y el Padre.

Bosquejo de la lección:

1. La fidelidad no es fácil, porque el mundo en torno nuestro vive en por de otras metas y según entendimientos distintos de los de la fe.
2. Necesitamos guía y dirección en nuestra vida cristiana. No basta sencillamente con aplicar reglas. Necesitamos un guía viviente. Ese es el Espíritu.
3. Dios Trino obra en la historia humana y en nuestras vidas como Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Análisis de la Escritura:

14:15-17: El amor y el Espíritu se relacionan estrechamente. En cierto sentido, sólo quienes aman pueden recibir el Espíritu. En otro sentido, es el Espíritu quien nos permite amar. El mandamiento de Jesús es sobre todo el mandamiento de amar. Jesús le pedirá al Padre que nos envíe al Espíritu Santo, quien permanecerá con nosotros para siempre. Esto no quiere decir que el Espíritu no haya estado activo en el mundo anteriormente. En el mismo Evangelio de Juan, ya se ha mencionado antes al Espíritu, especialmente en el bautismo de Jesús. Pero Jesús da esta promesa de la presencia permanente del Espíritu eterno precisamente en el momento en que ha de ser arrebatado de sus discípulos en términos de su presencia física constante. Esta nueva presencia del Espíritu estará con ellos siempre, y realizará ciertas tareas que sólo pueden tener

lugar después de completada la misión terrenal de Jesús.

Sólo quienes aman serán capaces de reconocer a este Espíritu. El Espíritu está en ellos precisamente porque aman; y se aman mutuamente porque el Espíritu está en ellos. No es que nos ganemos la presencia del Espíritu amando, sino más bien que precisamente porque amamos reconocemos que el Espíritu está activo en nosotros y en la comunidad de fe, y le reconocemos como la fuente de nuestra capacidad de amar.

El Espíritu recibe aquí el nombre de Consolador, o defensor, porque es él quien nos ayuda a amar y a ser fieles. Una vez más, nos resulta imposible decir qué viene primero, nuestra fe y amor o el Espíritu. Hay un misterio en todo esto. Cuando amamos y somos fieles, reconocemos que el Espíritu Santo está obrando en nosotros, y que es por ello que podemos amar y ser fieles. Sin la ayuda del Espíritu nos sería imposible tanto el amor como la fe. El Espíritu Santo es “Espíritu de Verdad” porque mediante él permanecemos en la verdad que es Jesús y bajo el gobierno del amor a pesar de que el mundo en torno nuestro nos dice que el amor no da resultado y que Jesús nada ha hecho por nosotros.

14:18: Jesús va a dejar a sus discípulos. La muerte, resurrección y ascensión les separarán de su presencia física. Pero el Espíritu les dará una presencia de Jesús nueva y distinta, la presencia del Señor resucitado en medio de ellos. Hay una relación estrecha entre el Cristo resucitado y el Espíritu Santo, por cuanto es mediante la obra del Espíritu que nos relacionamos con el Cristo

resucitado y exaltado. Jesús no es solamente alguien acerca de quien leemos y por lo tanto creemos que hizo todas las cosas que hizo. Nuestra relación con él como realidad viviente se debe a que el Espíritu Santo hace que su presencia resucitada sea una realidad para nosotros. Es en este sentido que Jesús les promete a sus discípulos que, aunque va a apartarse de ellos, no les dejará huérfanos ni abandonados. El propio Jesús vendrá a ellos ahora de una nueva manera gracias a la obra del Espíritu Santo.

14:24: El mandamiento del amor no viene sólo de Jesús a sus discípulos, sino que es también la palabra del Padre que ha enviado a Jesús. Esto subraya una vez más lo que puede verse en todo el Evangelio de Juan así como a través de la Biblia entera. El propósito de Dios es crear una comunidad de amor como principio de una creación redimida y amante. Por lo tanto, quienes no aman desobedecen tanto al Padre como al Hijo.

14:25-26: Durante su ministerio terrenal Jesús les enseñó a sus discípulos todas estas cosas. Al enviar al Espíritu, la tarea que el Padre le encomendará será recordarles a los discípulos todas las enseñanzas de Jesús. No debemos separar lo que dice Jesús de lo que enseña el Espíritu. Ambos son testimonio de la misma verdad. Lo que el Espíritu le enseña a la iglesia es lo mismo que Jesús les enseñó a sus discípulos. El Espíritu nos recuerda, persuade y fortalece. El Espíritu nos mantiene en el camino que Jesús transitó para que seamos de veras sus seguidores.

16:7: La presencia de Jesús entre sus discípulos puede tomar una de dos formas. Durante su vida terrenal, como Verbo encarnado, se encuentra entre ellos físicamente. Tras la resurrección, es a través del Espíritu que sus seguidores se relacionan con él. Estas dos formas de presencia corresponden a distintos tiempos y situaciones. Cuando Jesús está con sus discípulos, no es necesario el Espíritu como vínculo de unión con ellos. Cuando Jesús se encuentre exaltado a la diestra de Dios, entonces el Espíritu será ese vínculo de unión entre Jesús y sus seguidores. Jesús dice que les conviene a los discípulos que él sea exaltado y parta de ellos, de modo que el Espíritu pueda entonces venir a ellos.

16:8-11: El mundo se encuentra bajo el poder del pecado. Por tanto, el juicio del mundo en cuanto al bien y al mal no es digno de confianza. La obra de Jesús consiste en derrotar el poder del mal, y esto se logra mediante su muerte, aún cuando el mundo no lo sepa ni lo crea. El mundo continúa su marcha como si nada hubiese sucedido. Es por ello que nos hace falta la fortaleza que el Espíritu Santo nos da para poder creer y vivir en base a la fe de que el mal ya ha sido derrotado y el amor es el poder del futuro. La venida del Espíritu es señal de que Cristo verdaderamente ha sido exaltado, ha ganado la victoria. Por tanto, en esa misma venida del Espíritu el mundo es juzgado, el poder del mal queda condenado y la justicia resulta triunfadora. Pero todo esto se sabe y se reconoce solamente por la fe, por obra del Espíritu.

16:12-15: El Espíritu guía a los discípulos a una verdad que todavía no son capaces de entender. Se trata de la palabra de Jesús, que el Espíritu comunica, y que por tanto es también la palabra

del Padre. Esto no indica que haya una verdad que contradiga las palabras que Jesús ha dado, sino más bien que en nuevas circunstancias el Espíritu nos comunicará la verdad de lo que Jesús desea que hagamos. El Espíritu es nuestro guía hacia el futuro, de modo que podamos ser fieles en todas las circunstancias a que nos enfrentemos, aunque se trate de situaciones que no se encuentren en las Escrituras.

Aplicación:

Lo más importante que el Espíritu hace a favor nuestro es darnos la fortaleza y la dirección necesarias para este arduo camino que es el discipulado. A veces no nos percatamos de cuán difícil es ese camino. Nos imaginamos que consiste sencillamente en llevar el mismo tipo de vida que lleva cualquier otra persona responsable y distinguida en nuestra sociedad. Pensamos que basta con que nuestras relaciones sean éticas y honestas. También nos imaginamos que basta con creer ciertas doctrinas y asistir regularmente a la iglesia. No cabe duda de que tales cosas son necesarias. Pero todo esto es posible sin la asistencia específica del Espíritu Santo. La vida cristiana es mucho más que eso. Sobre todo, es una vida de amor, de amor que incluye también a los enemigos. Es una vida fundamentada en la convicción de que el único modo de tener verdadero éxito es amar. Frecuentemente esto no nos lleva al éxito tal como lo entiende en derredor nuestro. Pero los cristianos han de tener una medida diferente del éxito, puesto que son un pueblo cuyo jefe fue crucificado, y no fue declarado rey o líder distinguido de la sociedad.

Nuestras mentes y nuestros valores se han formado en la sociedad en que vivimos. Desde el punto de vista del Evangelio de Juan, esa sociedad y este mundo viven sobre la base de metas y valores que se oponen al modo en que Jesús nos llama a vivir. Si no sentimos ese conflicto dentro de nosotros mismos, se nos hará difícil ver por qué necesitamos tanto del poder del Espíritu Santo. En realidad, el conflicto no es sólo ni principalmente entre nosotros y otras personas. Es conflicto dentro de nuestro propio ser, entre modos y estilos de vida que parecen perfectamente normales y naturales en nuestra sociedad, y otros a los cuales el evangelio nos llama. Es sólo cuando sentimos y vivimos ese conflicto que verdaderamente apreciamos cuánto necesitamos de la fuerza y dirección del Espíritu Santo. Y esto no es cierto solamente de los creyentes individuales, sino también de la congregación. La iglesia cristiana ha de tomar decisiones respecto a su vida y a su misión en base a su fe y convicción de que Cristo ha triunfado sobre todos los poderes del mal, y por tanto de manera diferente a la de cualquiera otra organización en nuestra sociedad, cuyo principal interés es su propio prestigio y seguridad. Estas decisiones difíciles sólo pueden tomarse cuando el Espíritu Santo actúa en medio de la comunidad de fe.

Frecuentemente nos imaginamos que la Biblia es como un libro de reglas para nuestras vidas, donde se encuentran respuestas para todas las preguntas que podamos tener. Pero resulta claro que vivimos en un mundo muy diferente del mundo del antiguo Israel o el del primer siglo en Palestina. Muchas de las preguntas a qué tenemos que enfrentarnos no pueden responderse con una sencilla referencia a un versículo bíblico, y por tanto muchas veces los cristianos

mismos no concuerdan en lo que ha de hacerse ante una situación dada. Ciertamente, la Biblia es una gran ayuda. Pero no tenemos solamente la Biblia, sino que también el Espíritu Santo nos ha sido dado. Es el Espíritu quien nos guía a la verdad en tales situaciones. Esto no quiere decir que la obra del Espíritu entre nosotros contradiga a la Biblia. Pero el Espíritu sí nos ayuda a ver cómo hemos de aplicar la Biblia, a ver lo que significa y quiere decir en nuestras circunstancias actuales. El Espíritu nos recuerda las palabras de Jesús y nos ayuda a aplicarlas.

Nuestra sociedad contemporánea es muy individualista, y por tanto a veces damos por sentado que el Espíritu nos guía a cada uno individualmente. Eso es verdad, pero no es toda la verdad. El Espíritu guía a la comunidad así como al individuo. Tenemos que aprender a escucharnos mutuamente, y no pretender que, puesto que el Espíritu ya me dijo lo que debo hacer, quienes no concuerden conmigo sin duda estarán equivocados. Necesitamos practicar la disciplina de escuchar lo que el Espíritu pueda decirnos a través de otros miembros de la iglesia. Esto no es fácil, y a veces tratamos de evadirlo consultando solamente con aquellas personas que ya concuerdan con nosotros. En el Nuevo Testamento, el Espíritu se relaciona con toda la comunidad de fe, y es participando en esa comunidad que aprendemos a escuchar al Espíritu. Necesitamos la corrección por parte de la comunidad para asegurarnos de que lo que escuchamos es el Espíritu Santo, y no el espíritu de este mundo, o nuestros gustos e inclinaciones individuales.

Muchos cristianos piensan que la doctrina de la Trinidad es una aseveración extraña, que ha de ser creída porque así lo enseña la iglesia, pero que en realidad no se relaciona con la vida cotidiana de la fe. Estos versículos del Evangelio de Juan muestran que el don del Espíritu es parte necesaria de la vida cristiana, y que relaciona a los cristianos con Jesús, el Hijo encarnado de Dios, quien a su vez fue enviado por el Padre. También se nos dice que el Hijo le pedirá al Padre que nos envíe al Espíritu. Si subrayamos la presencia del Espíritu, pero pensamos que existe completamente aparte de Jesús, podemos descarriarnos por caminos extraños. Si centramos nuestra atención únicamente en Jesús y nos olvidamos del Espíritu, bien fácilmente podemos caer en un legalismo que nos haga ver en las enseñanzas de Jesús una serie de reglas rígidas, sin ayudarnos a aplicarlas a las situaciones de la vida de hoy. Si subrayamos nuestra fe en Jesús o en el Espíritu y nos olvidamos del Padre, no lograremos entender cómo nuestra fe nos relaciona con toda la creación y con la obra de Dios a través de la historia, especialmente la historia de Israel. La doctrina de la Trinidad nos ayuda a mantener nuestra fe firme y balanceada.

Recomendaciones educativas:

1. Pídales a algunos miembros del grupo que se ofrezcan como voluntarios, y que se imaginen que son un comité al cual la iglesia ha encargado la tarea de decidir qué hacer con una herencia de \$10,000 que alguien le ha dejado a la congregación. En su dramatización, cada miembro debe sugerir alguna cosa diferente. Algunas de ellas han de tener fines egoístas, y otras han de ocuparse de las necesidades fuera de la iglesia.

Según la discusión del grupo avance vaya anotando en la pizarra un resumen de los usos que se sugieren para el dinero. Tras la dramatización, pregúntele a la clase cómo es que los cristianos han de enfrentarse a decisiones como éstas. ¿Cuál será la función del Espíritu en este proceso de tomar decisiones?

2. Como un modo de mostrar que el Espíritu normalmente funciona y se manifiesta en la comunidad, y no sólo en los individuos, vuelva sobre la discusión que acaba de tomar lugar. Pregúntele a la clase si sería posible organizar el comité de algún modo que tomara en cuenta esa dimensión comunitaria de la manifestación del Espíritu.
3. Dibuje un triángulo en la pizarra. En cada ángulo ponga una palabra: “Padre”, “Hijo”, y “Espíritu Santo”. Lea con la clase el texto bíblico, pidiéndoles que en base a ese texto sugieran palabras que podrían colocarse en los diversos lados del triángulo, mostrando así cómo cada una de las diversas personas de la Trinidad se manifiesta en la vida cristiana. En base al dibujo que vaya surgiendo, dirija una discusión sobre el modo en que la Trinidad impacta la vida cristiana.

Resumen:

En este domingo de Pentecostés, la iglesia celebra la dádiva del Espíritu Santo. Es el Espíritu quien nos relaciona con la obra continuada del Cristo resucitado, y así nos ayuda a alcanzar los propósitos del Padre para nosotros, para los cuales Jesús vino a morar entre nosotros. Esos propósitos incluyen el establecimiento de una comunidad de amor, basada en la fe y la convicción de que Cristo ha derrotado al mal.

Oración:

Oh Dios, tu amor, especialmente al darnos a tu Hijo y a tu Espíritu, sobrepasa toda medida.

Permite que la fidelidad de nuestras vidas sea muestra de nuestra gratitud, y que para ello

utilicemos la fuerza y dirección que tu Santo Espíritu nos da. Enséñanos a ser un pueblo de

amor, testigo tuyo en el mundo. Mediante Jesucristo nuestro Señor. Amén.

